

I4. LA EXPIACIÓN VICARIA

"Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados." - Isa. 53:4,5

Después de leer el último capítulo, algún alma concienzuda pero tímida puede preguntar, "¿No es esto negar la expiación vicaria?" Yo respondo: NO; mil veces no. Sólo está elevando y ampliando nuestra concepción de la expiación vicaria, y ponerla en armonía con lo que conocemos del carácter de Dios, tal como se revela en su obra y en su palabra. Jesús sigue siendo el único Salvador del mundo. Tanto en la vida como en la muerte sufrió vicariamente, soportando nuestras penas y llevando nuestros dolores, -- "sufriendo el justo por el injusto para llevarnos a Dios", es decir, para hacer una expiación.

La muerte de Cristo no fue el resultado de una efusión de la ira del Padre; fue el resultado de la violación del mundo de la ley de amor del Padre. Su muerte fue simplemente el clímax de su vida. En la labor de amor de

cada día ha dado su vida, su corazón y su alma, para elevar y redimir a la humanidad; pero los corazones de los hombres estaban tan fríos y duros por el pecado que no lo sabían. En el Calvario completó el don, mientras el mundo se burlaba al pie de la cruz. Vivió una vida perfectamente desinteresada, en un mundo de pecado y egoísmo; y el mundo lo odiaba porque su vida mostraba el egoísmo y la hipocresía de su propia vida. Pablo dijo que si predicaba la circuncisión, se libraría de la persecución, pues entonces cesaría la ofensa de la cruz. Así con Jesús; si él se hubiera desviado a la derecha o a la izquierda de la línea recta de la verdad, podría haber escapado de la crucifixión.

El diablo y los hombres malvados odiaban la verdad, no el error; sin embargo, es la verdad la única que puede salvar a los hombres. Jesús lo tuvo siempre presente, y decía constantemente, "No se haga mi voluntad, sino la tuya", **fue siempre fiel a la verdad, y su vida le llevó a la muerte; la cruz fue el final de la avenida del autosacrificio.** En todo esto no hizo más que llevar nuestras penas y cargar con nuestros dolores. Su vida y su muerte fueron como las de los profetas que le precedieron y las de los apóstoles que le sucedieron, sólo que en él se alcanzó y realizó el ideal. Esteban dijo a los judíos: "Vosotros, de cuello duro e incircuncisos de corazón y de oídos, siempre os resistís al Espíritu Santo; como lo hicieron vuestros padres, así lo hacéis vosotros. ¿A cuál de los profetas no han perseguido vuestros padres? Y han matado a los que mostraron antes de la venida del Justo; de los cuales vosotros habéis sido ahora los traidores y asesinos." Así, como Jesús en su vida fue en todo semejante a sus hermanos, así en su muerte es clasificado con los fieles que le precedieron y los que vendrían después.

En la parábola (Mt. 21:33-41), el dueño de casa envió a su viña siervo tras siervo; a uno lo golpearon, a otro lo mataron y a otro lo apedrearon. Finalmente, envió a su propio hijo, y a él también lo trataron de igual manera, y

lo mataron. Al contemplar Jesús la enormidad de sus culpas pasadas, y ver lo que la iglesia haría en el futuro, con angustia de espíritu exclamó: "Oh, Jerusalén, Jerusalén, tú que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, ¿cuántas veces quise juntaros, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisisteis." Así es como cada época ha perseguido a sus profetas y apóstoles, dejando que la posteridad construya sus sepulcros y los honre.

Todos los apóstoles, excepto uno, sufrieron el martirio, y la tradición dice de él que fue liberado milagrosamente. Cuando Pablo sufría la persecución y el encarcelamiento que precedieron a su crucifixión, escribió de sí mismo a los hermanos colosenses así: Yo, Pablo... " Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia." Cuando estaba a punto de ser crucificado, dijo: "Ahora estoy listo para ser ofrecido."

¡Ah, sí! Cometemos un gran error cuando hacemos separación entre la vida y la muerte de Cristo, o la vida y la muerte del cristiano, como si fueran dos cosas distintas. Perdemos el consuelo de que, así como él fue "perfeccionado por el sufrimiento", así nosotros, a través del mismo sufrimiento, somos hechos uno con él. Como él era el misterio de Dios, Dios manifestado en la carne, así Pablo dice: "Las riquezas de la gloria de este misterio... es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria". (Compara 1 Tim. 3:16 con Col 1:27.)

Jesús era inocente. Sólo sufrió por los pecados de los demás. Todo su dolor fue por llevar *nuestras* angustias, y cargar con *nuestros* dolores, y esto lo hizo para acercarnos a Dios. Nosotros, a diferencia de Jesús, todos hemos pecado, y sufrimos por nuestros propios pecados y llevamos nuestras propias penas; pero, además de esto y más allá de esto, nosotros, como él sufrimos por los pecados y llevamos las penas de los demás. No sólo hemos pecado, sino que han pecado contra nosotros.

Oh, alma cansada, expectante y angustiada, ¿tu vida ha sido arruinada, y tu corazón desolado por lo que no fue tu culpa? ¿Las brillantes esperanzas de la juventud se han desvanecido y han caído como las hojas del otoño, encontrando una tumba en tu anhelante y solitario corazón, y todo porque otro era falso cuando tú lo creías verdadero? ¿Te han abandonado la fortuna y los amigos por el pecado de otro? ¿Te persiguen y desprecian porque el mundo odia lo que Dios y tú aman? ¿Has sido tentado por todo esto a dudar de la justicia y el amor del Divino? Esto no es la injusticia de Dios. Esta es la injusticia del pecado, el resultado inevitable, ineludible, del pecado del mundo. Incluso Jesús, el Hijo propio y unigénito del Padre, cuando estuvo en el mundo, sufrió todo esto.

¿Dudas por ello del amor de Dios por ti? No es más que dudar del amor de Dios por su Hijo. Más bien recuerda que en esto tú, si confías en él, eres hecho uno con él, ya que "todas las cosas obran para el bien de los que aman a Dios." Fue llevado "como un cordero al matadero, y como una oveja ante sus trasquiladores", y no abrió su boca. Recuerda que si tú también lo soportas pacientemente, y por él, tu vida también, con la suya, se presenta como un sacrificio vivo santo y agradable, una parte del gran sacrificio del mundo por el pecado. También recuerda que en esta tu vida de paciencia el amor puede llegar a alguna otra vida, que lo lleve a la redención, para que tú también entres en su gozo. Recordando esto, ¿no palpita tu corazón con un nuevo consuelo y esperanza, y un nuevo valor para seguir adelante con valentía y afrontar el conflicto de la vida?

Pero, dice uno, si esta es la naturaleza del sacrificio de Cristo, un sacrificio vivo así como un sacrificio de muerte, ¿por qué la sangre es siempre el símbolo de ese sacrificio? Y *¿por qué se dice que sin el derramamiento de sangre no hay remisión?*

¡Ah, en esto hay profundidades de significado! Es porque Jesús fue fiel hasta la muerte. Con él no hubo vacilación, ni se apartó, aunque contempló la cruz al final del camino. Dijo: "Padre, no sea mi voluntad, sino la tuya." Su muerte sólo tiene sentido cuando se toma como una sola cosa con su vida, y su vida adquiere una nueva gloria cuando la contemplamos así, como conduciendo a su muerte.

Él nos pide que vivamos esa vida. Dice: "Si amáis a vuestro padre o a vuestra madre, o a las casas, o a las tierras, o a cualquier tesoro terrenal, incluso a vuestra propia vida, más que a mí, no sois dignos de mí." Si algo, incluso la cruz al final del camino que pisamos, nos desvía del camino, no somos suyos; y si no somos suyos no hay remisión. Nada más que la sangre podría significar un sacrificio tan completo.

Entonces no es sólo en la muerte donde se da la sangre de la vida, fue Pablo quien habló de "llevar siempre en el cuerpo la muerte del Señor Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo." No puede ser manifestada de ninguna otra manera. El corazón que se ensancha y se hace tierno por el sufrimiento, hasta que, como el suyo, acoge a la humanidad con todas sus necesidades y todos sus anhelos, dando su simpatía y su ayuda a todos sin pedirlo, -- este corazón sabe lo que es dar su sangre vital cada día, morir cada día, para que la vida de Cristo se manifieste en él. Hay momentos en que se necesita más valor y verdadero heroísmo para vivir, y vivir rectamente, que para morir. El corazón, después que la tormenta y la lucha han terminado, late tranquilamente hacia el final. Sí, Carlyle bien dice: "Mi hermano, el hombre valiente tiene que dar su vida. Entrégala, te aconsejo; no esperes vender tu vida de manera adecuada? El "salario" de cada trabajo noble está en el cielo y no en ninguna otra parte." Es una entrega diaria de la vida, como sólo el derramamiento de la sangre de la vida puede significar. Esto es cristianismo.

¿Y no son sus experiencias las nuestras? Contempladlo en el bautismo en el Jordán. El Espíritu desciende como una paloma sobre él, y se oye la voz que dice: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco." Seguramente, habríamos dicho, con tal comienzo de su misión, sólo le espera una vida de triunfo y gozo. Pero fue a partir de esto que fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo ¿No recordamos la alegría de nuestra conversión, cuando nos consagramos a él, y su dulce perdón vino a nuestros corazones? ¿No descendió el Espíritu, y no se oyó la voz del Padre, tal vez por primera vez, diciendo a nuestras almas felices: "Este es mi hijo amado, en quien me complazco?" ¿Cómo creímos que la lucha había terminado y la victoria estaba ganada! Pero, desde entonces, ¿no hemos encontrado a menudo el camino de la vida como un desierto, lúgubre y lleno de demonios, en el que hemos deambulado hambrientos y cansados? ¿No fue en el momento en que nuestras fuerzas flaquearon, que el demonio nos abandonó por alguna promesa de la palabra escrita, y algún ángel bondadoso vino a servirnos?

Entonces la vida ha tenido sus días ordinarios de servicio, cuando de sol a sol hemos trabajado en su viña. Hubo la frescura de la mañana, y el calor del mediodía, y el cansancio de la tarde. Ha habido noches de vigilancia y oración a solas en alguna ladera de la montaña iluminada por la luna. Hubo días de trabajo que parecían no traer ninguna recompensa pasajera; y ¿quién de nosotros no ha llorado y se ha preguntado por los diez que fueron curados por nuestro amor y cuidado, y nueve de ellos no volvieron a dar las debidas gracias?

Tal vez hayamos sentido a veces que nosotros tampoco teníamos dónde apoyar la cabeza; pero, ¿quién de nosotros no ha tenido su casa de Betania, donde puede descansar por un tiempo, y encontrar un ministerio amoroso y agradecido, donde los vientos del mundo pueden soplar pero no nos tocan allí? Nosotros también hemos tenido momentos en los que con él nos hemos

transfigurado en la cima de la montaña de la fe. Por el tiempo que nos hemos visto a nosotros mismos, no como éramos, sino como podríamos llegar a ser. El mundo, con sus prisas, sus rugidos, sus locas ambiciones y sus voces discordantes, estaba muy por debajo. Podía estar cerca algún amigo que no nos conociera, o que lo hiciera a medias, pero estábamos solos con Él. La voz del Padre volvía a hablar y nos reconocía como suyos, y visiones brillantes de encuentro con formas glorificadas vinieron a hablar del futuro reino en el que también nosotros reinaremos con Él. ¿No hemos bajado, o podemos bajar de esta montaña para encontrar nuestro Getsemaní y nuestro Calvario; la duda que decía con angustia: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado." - feliz si al fin la fe inquebrantable y triunfante, que, en medio de un sol oscurecido y el relámpago furioso y las rocas desgarradas, dijo: "Consumado es", "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu."

¿No podemos aprender de su vida que el amor de Dios es la única cantidad invariable a través de todos estos temores y fluctuaciones, siempre el mismo, de eternidad a eternidad? ¿No podemos alegrarnos de que a través de estas experiencias podamos ser uno con Jesús aquí, y uno con él en el más allá? Fue todo esto lo que Pablo vio cuando dijo: "No sólo eso, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, y la paciencia, experiencia, y la experiencia, esperanza; y la esperanza no se avergüenza, porque el amor de Dios se derrama en nuestros corazones."